

Domingo, 14 de junio de 2015
ÁNGELUS DEL PAPA

Queridos hermanos y hermanas, el Evangelio de hoy está formado por dos parábolas: *la de la semilla que brota y crece sola* y *la del grano de mostaza* (cfr. Mc 4,26-34). A través de estas imágenes sacadas del mundo rural, Jesús presenta la eficacia de la palabra de Dios y las exigencias de su Reino, mostrando las razones de nuestra esperanza y de nuestro compromiso en la historia.

En la primera parábola la atención se pone en que la semilla, echada en la tierra, arraiga y crece sola, tanto si el campesino duerme o vela. Está confiado en el poder interno de la propia semilla y en la fertilidad del terreno. En el lenguaje evangélico, la semilla es símbolo de la Palabra de Dios, cuya fecundidad se recuerda en esta parábola. Como la humilde semilla se desarrolla en la tierra, así la Palabra actúa con el poder de Dios en el corazón de quien la escucha. Dios ha confiado su Palabra a nuestra tierra, es decir, a cada uno de nosotros con nuestra concreta humanidad. Podemos estar confiados, porque la Palabra de Dios es palabra creadora, destinada a ser el grano lleno en la espiga. Esa Palabra, si se recibe, ciertamente da sus frutos, porque Dios mismo la hace brotar y madurar por caminos que no siempre podemos comprobar y de un modo que no sabemos. Todo esto nos hace comprender que siempre es Dios quien hace crecer su Reino —por eso pedimos tanto que *venga tu Reino*: es Él quien lo hace crecer—, y el hombre es su humilde colaborador, que contempla y goza la acción creadora divina y espera con paciencia los frutos.

La palabra de Dios hace crecer, da vida. Y yo quisiera recordaros otra vez la importancia de tener el Evangelio y la Biblia al alcance de la mano —el Evangelio pequeño en el bolso, en el bolsillo—, y alimentarnos cada día con esa Palabra viva de Dios: leer cada día un trozo del Evangelio, un trozo de la Biblia. No lo olvidéis nunca, por favor. Porque esa es la fuerza que hace brotar en nosotros la vida del Reino de Dios.

La segunda parábola utiliza la imagen del grano de mostaza. Aun siendo la más pequeña de todas las semillas, está llena de vida y crece hasta volverse más grande que todas las plantas del huerto. Así es el Reino de Dios: una realidad humanamente pequeña y aparentemente irrelevante. Para entrar a formar parte hay que ser pobres de corazón; no confiar en las propias capacidades, sino en el poder del amor de Dios; no actuar para ser importantes a los ojos del mundo, sino valiosos a los ojos de Dios, que prefiere a los sencillos y humildes. Cuando vivimos así, a través de nosotros irrumpe la fuerza de Cristo y transforma lo que es pequeño y modesto en una realidad que hace fermentar toda la masa del mundo y de la historia.

De estas dos parábolas nos viene una enseñanza importante: el Reino de Dios requiere nuestra colaboración, pero es sobre todo iniciativa y don del Señor. Nuestra débil labor, aparentemente pequeña ante la complejidad de los problemas del mundo, si se inserta en la de Dios, no tiene miedo de las dificultades. La victoria del Señor es segura: su amor hará despuntar y hará crecer cada semilla de bien presente en la tierra. Esto nos abre a la confianza y a la esperanza, a pesar de los dramas, injusticias y sufrimientos que encontramos. La semilla del bien y de la paz brota y se desarrolla, porque la hace madurar el amor misericordioso de Dios.

Que la Virgen Santa, que recibió como «tierra fecunda» la semilla de la divina Palabra, nos sostenga en esta esperanza que nunca defrauda.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas, hoy se celebra la Jornada Mundial de los Donantes de Sangre, millones de personas que contribuyen, de modo silencioso, a ayudar a los hermanos en dificultad. A todos los donantes les expreso mi aprecio e invito especialmente a los jóvenes a seguir su ejemplo.

Como se ha anunciado, el próximo jueves será publicada una Carta Encíclica sobre el cuidado de la creación. Invito a acompañar ese evento con una renovada atención a las situaciones de degradación ambiental, y también de recuperación de los propios territorios. Esta Encíclica se dirige a todos: pidamos para que todos puedan recibir su mensaje y crecer en responsabilidad hacia la casa común que Dios nos ha confiado a todos. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.